
DIABLOS Y CARNAVALES EN AMERICA

MISAEEL TORRES.

Una de las experiencias sincréticas más relevantes en nuestra memoria cultural, es la presencia del diablo en fiestas y carnavales. El diablo es un personaje que en la casi totalidad de nuestro universo festivo aparece encarnado en la vitalidad, la alegría, la picardía, sorna, irreverencia, grosería, erotismo, sensualidad, capricho y pecado. Como prototipo de la condición festiva, este personaje deambula danzando, enamorando, contando, trovando, ebrio, seduciendo a los espíritus de fiesta.

Por ser un paradigma de la condición festiva, encarnando el equilibrio entre el bien y el mal, este “personaje” ha sido estudiado desde diferentes disciplinas artísticas y del pensamiento humano: Dice Germán Espinosa: La idea del diablo como la concibe el catolicismo es relativamente moderna y data quizás de la Edad Media. Entre los griegos, los demonios no encarnaban, por regla general, tendencias malignas. Eran almas tutelares o espíritus de parientes fallecidos. Para Homero, el demonio simboliza el poder de los dioses sobre los hombres y, en Hesiodo, aparece como el anhelo del hombre de gobernar su propio destino, un poco al modo faústico que nos propone Goethe.

Para Sócrates era una simple alegoría de lo que en el hombre hay de semejante a Dios.

Otra cosa ocurría entre los judíos del Antiguo Testamento. La tribu semítica de los Amonitas adoraba una divinidad solar llamada Moloch, dios del fuego, cuya cólera era aplacada mediante la inmolación de seres humanos, especialmente niños. Todo indica que Moloch era, en esencia, de origen hebreo que pudiera

identificarse soltando riendas a la fantasía, con el becerro de oro que Aarón dio a adorar a los judíos en momentos en que Moisés recibía las tablas de la Ley.

Pero las representaciones artísticas que de Satanás se han realizado a partir de la Edad Media dejan mucho que desear respecto a lo que fue, según el Génesis, el ángel Luzbel, el soberbio que se reveló contra su creador. A menudo, Belcebú es representado como un macho cabrío, lo cual nos hace pensar en el dios Pan de los griegos, integrante del cortejo de Dionisios.

Existe la posibilidad de que el culto dionisiaco, de carácter agrario, perdurase en las llanuras de Europa a lo largo de la alta Edad Media, como un simple rito de primavera y de vendimia, como un culto a la fecundidad, al modo de Osiris en Egipto.

La Iglesia, ansiosa de exterminar el paganismo, no vaciló en señalarlo como culto al Bajísimo....”.

Así llegó a nosotros este diablo, el que la Iglesia Católica trajo, emparentándolo radicalmente con el mal y confiriéndole a su iconografía un halo de horror y maldad.

En cuanto al Carnaval como tal, su estructura y su simbólica de enmascarados es otra herencia venida de Europa, concretamente de los españoles que se asentaron en esas tierras y que organizaban principalmente en época decembrina. Esta estructura simbólica muy pronto fue permeada por las manifestaciones nativas que produjeron grandes cambios formales en la estructura del carnaval y fueron convirtiendo la festividad en un vientre fecundo donde la mixtura de razas, cosmogonías y culturas dieron origen a lo que hoy llamamos la fiesta popular.

Y es, en estas fiestas populares donde comienza a aparecer el diablo. Unas veces, lo han visto en las ceremonias de Semana Santa en Alangasí, un pueblecito incrustado en un valle maravilloso a una hora de Quito-Ecuador. Allí, una cuadrilla de diablos entra a la Iglesia y literalmente secuestran la imagen del Señor Caído, que luego es recuperada en combate singular por los ángeles, en el atrio de la Iglesia y devuelta a su lugar. Pero en este mismo pueblo en la época de la celebración

andina del Inti-Raimi, por la época de Julio-Agosto, aparecen los diablos, pero esta vez los llaman Umas, que ejercen como caporales de mando, ordenando y vigilando el baile de cientos de bailarines oferentes que bailan sin descanso desde el amanecer hasta el anochecer en la plaza principal del pueblo.

Estos diablos tienen la característica de ser mudos y tener una iconografía distinta al diablo *judeo-cristiano*: Van vestidos elegantemente como caporales de mando: botas, cinturones anchos, látigo en la mano y una máscara extraña que tiene dos caras que cuando se emborracha el que la porta, uno no sabe si viene o va.

Los encontramos también en el Perú, rojos, con cuernos y cola bailando como Dios manda sobre una pequeña tabla de madera que al ser golpeada con ritmo por los pies del diablo danzante produce un sonido que acompañado por el cajón africano tocado con maestría hacen que el Diablo baile para encanto de quienes miran.

Son los diablos danzantes el zapateo peruano que nos recuerdan -por qué no- los dioses africanos bailando para los hombres.

En Argentina, en las pampas, los diablos salen a esperar a los payadores en noches de luna llena para retarlos al canto y al baile de chacarera. Son los diablos trovadores del camino que embriagados de luna y abrazados a los payadores han cantado a la nación Argentina.

En Chile, en la isla de Chiloé habita en la memoria colectiva de sus gentes, El Trauco. Es un diablo bien raro: tiene una pierna pegada al espinazo con la planta del pie mirando al cielo. Su forma es horrible y vive en la profundidad del bosque, pero enloquece de amor a las mujeres. Tiene el poder de enamorarlas mediante el sueño, posee una voz melodiosa y atractiva que hace de la palabra una delicia.

Es en Bolivia donde aparece un diablo que sin abandonar su forma de macho cabrío representa, simboliza, otros códigos para el minero de Oruro: se trata de El Tío, guardián y protector de los mineros de Oruro, pueblo boliviano donde se celebra el carnaval de Oruro, patrimonio intangible de la humanidad, en donde batallan ángeles y diablos recordándonos la batalla final entre el bien y el mal. Pero

El Tío, pese a poseer la forma del diablo cristiano, simboliza otros valores que contradicen la condición maléfica del ángel caído católico. Tal vez, porque este Tío, esté emparentado profundamente con el WARI.

El WARI es el dios de las montañas y las tinieblas que habita las profundidades de los socavones. El protege, otorga y distribuye la riqueza de las profundidades. Por eso se le ofrenda, porque beneficia. No es el mal, ni el maligno, pero “vive” en la “máscara” que la Iglesia católica creó como diablo, tal vez porque le parezca cómodo, espantar a tanta gente ansiosa de riqueza.

Otra cosa sucede, morfológicamente hablando, con los diablos que integran las cuadrillas de diablos danzantes: En su imagen exterior simbolizan los distintos animales que componen el imaginario colectivo sagrado andino: Serpientes, Cóndores, Sapos, sirven como simbolismos al conjunto de máscaras que usan estos danzantes. Sus trajes son ricos y espléndidos y nos recuerdan a los dioses danzantes de Asia; pero significan el mismo código judeocristiano: son los malignos, los que amenazan el bien. Por eso San Miguel los combate sin piedad.

Las *diabladas* de Oruro tienen su origen en la presencia del Arcángel San Miguel, protector de la virgen y su defensa de los diablos que quieren destruirla. Son estos diablos producto de la sincretismo con los seres malignos que habitan en la oscuridad de la cosmogonía andina como el “anchancho”; supay-sajra, todos pertenecientes al mundo de abajo, los que se hacen presentes en esas festividades, como diablos danzantes que combaten las huestes del bien comandadas por San Miguel.

Pero si hay un diablo que exprese el sincretismo cultural por excelencia, ése es el Diablo del Carnaval de Riosucio.

Riosucio es una población al occidente de Colombia, en el Departamento de Caldas. En sus inicios, minera, con asentamientos indígenas que se amalgamaron con los negros que trajeron para explotar las minas y los españoles que impulsieron

su dominio real de minas. Allí está el origen de esta memoria festiva que se convierte en el mito mestizo mayor de Colombia.

En la memoria está el origen. Allí nace como sucedieron las cosas. La memoria es la madre, en ella todo fluye y confluye; es invisible pero está dentro de nosotros porque la sentimos hablándonos con su lengua que son muchas lenguas. La memoria se expresa en múltiples formas dejando constancia de las huellas que la humanidad va trazando en su historia. Una de estas formas es la *celebración*.

La celebración como hecho que aglutina una comunidad y a través de la “forma ritual” recuerda, revive, vuelve presente un evento que dinamiza las relaciones sociales, espirituales de un pueblo.

Esta práctica ha hecho posible que los pueblos pervivan, gracias a una raíz que les permite recordar la unión del tiempo mítico con el tiempo histórico, dándoles un sentido de pertenencia que los vuelve singulares. Y esa singularidad se expresa en la festividad, en la ruptura del tiempo histórico y la inauguración de un tiempo mítico.

La fiesta, como la han definido K. Kerényi, Furio Jessi, Malinowski, Bajtin, don Juan Matus y otros “brujos mayores”, es un acontecimiento que rige el tiempo cotidiano y extracotidiano de una comunidad. Es a través de ella y en la construcción de la misma que una comunidad encuentra “canales sensibles” para comunicarse y existir de “otra manera”. Esta “otra manera” se origina en un espacio-tiempo ocasionado por la “forma ritual” o estructura festiva que adopta la fiesta-. Este hecho hace que cada uno de los participantes en el evento se identifique con él, creándose un sentido de pertenencia.

Veamos como opera esto en el Carnaval de Riosucio. El diablo (personaje central de esta festividad) sintetiza, expresa y prolonga una memoria colectiva que se inicia mucho antes de que los españoles pisaran las tierras que hoy ocupan Riosucio. Es una fiesta que tiene una presencia muy fuerte desde el punto de vista de la identidad. Antiguamente en este municipio existía una comunidad indígena, Los Turzaga; realizaban grandes actos festivos vinculados a la fertilidad que

duraban por lo menos una semana. En esos tiempos, ofrendaban a una deidad un calabazo de chicha de maíz que se enterraba por un tiempo a los pies del tótem. Al desenterrarlo se iniciaban las siembras y los matrimonios. Las mujeres bailaban alrededor de la deidad y le tocaban los testículos frotándose luego el vientre con sus manos pidiendo muchos hijos. La fiesta se prolongaba con grandes actos de alegría, danzas, cantos y borracheras fenomenales con chicha. Cuando llegaron los conquistadores españoles atraídos por el oro de las minas de Marmato, cercanas al hoy pueblo de Riosucio, instalaron sus familias, trajeron esclavos provenientes de Africa y a los curas católicos, que cuando observaron los rituales de la fertilidad los prohibieron por considerarlos paganos. Sin embargo, como para los indígenas este ritual tenía una fuerte afirmación de identidad, durante mucho tiempo fue imposible quitárselo. No fue que llegaron y lo prohibieron sino que hubo muchos muertos con guerrillas de indígenas atacando a los españoles para defender su festividad. Finalmente fue acabada, acallada y guardada solamente en la memoria de los vencidos. Cien años después (1580 - 1600). Los Turzagas comenzaron a llamar a los españoles “los hombres al revés”, pues decían una cosa y hacían otra; entonces sacaron la siguiente conclusión: “si el diablo de ellos dicen que es malo, debe ser bueno”, y comenzaron a esconder el espíritu de su deidad de la fertilidad en el cuerpo de esta figura con cola y cuernos. Los indígenas comenzaron a hacer sus pequeños rituales en sus comunidades y salían los diciembres (que es la época en que los españoles celebran el nacimiento del niño-Dios) disfrazados de diablos -buziracos a asustar a los hijos de los españoles. Esta permanente aparición de los diablos durante muchos años (de 1600 a 1710 aproximadamente) originó que se amalgamaran sus cantos, danzas y ritmos con los que traían negros y españoles. Así, empezaron a salir a estas festividades decembrinas, pequeñas comparsas de diablos que ya no solamente asustaban a los niños, sino que eran recibidos con mucha gracia por las gentes del lugar; posteriormente hacia 1800, estas apariciones de diablos, que fundamentalmente eran hechas por indígenas y por negros fueron denominados “fiesta de los Matachines”. Este elemento profano terminó siendo aceptado en la festividad religiosa judeo-cristiana del nacimiento del niño Dios.

El pueblo impuso su Ley: la fiesta de la pastorela católica decembrina se fue volviendo cada año más profana, “la fiesta de los diablitos” tomó fuerza en este

sentido y se convirtió en un hito de encuentro entre las tres etnias y esto conllevó a la unificación de los pueblos que hoy conforman el Municipio de Riosucio. Según las crónicas, en 1839, para celebrar la aparición del nuevo municipio decidieron que la festividad de los “diablitos” se quedara como el Carnaval de Riosucio y el Diablo su figura principal. Es por esto que para este pueblo su carnaval y su diablo son la memoria colectiva que los identifica.

El carnaval de Riosucio es un rito. Para sus habitantes en una religión. Mi interés como hombre de teatro al estudiar este carnaval se inicia al observar que esta fiesta es una gran obra de teatro de una comunidad que representa. La estructura tradicional del Carnaval es; “Dentro de las jerarquías”.

El Diablo, Divinidad simbólica
Los Matachines, los oficiantes
El Pueblo Riosuceño, colectividad

DENTRO DEL TIEMPO:

- I PREPARACION. Los Decretos
- II SANCION. El Convite
- III CONSUMACION. El Carnaval

En una etapa preparatoria de seis meses, el pueblo se purifica sacando “sus trapos al sol” riéndose de sí mismo, a lo largo de sus decretos.

Los sumos sacerdotes o Junta del Carnaval hacen la representación teatral del “Convite” para decirle al pueblo que ya está maduro para la Gran Fiesta e incitarlo a que se prepare para *entregarse* a ella con furor. Finalmente se consuma el rito.

PROCESO DE CONSUMACION DEL RITUAL CARNAVALERO

1. Entronización y toma de posesión. Entrada del diablo.
2. Enjuiciamiento crítico de las cosas, del mundo y de la vida: cuadrillas.
3. Conclusión. Testamento del diablo.

La fiesta dura 5 días. Cada día es un acto. El primer acto es el primer día: es cuando el diablo, el niño, como lo llaman cariñosamente los riosuceños hacen su entrada al espacio donde va a reinar; es algo apoteósico. Abre la marcha un carro de bomberos disfrazados de diablos con una sirena que despierta hasta los muertos y detrás, sobre una estructura rodante, un diablo de 5 metros de altura por 2 de ancho, va riendo y repartiendo guarapo, seguido de 20.000 almas que cantan y bailan sin descanso el único himno que se baila en el mundo, el himno del Carnaval del Diablo de Riosucio. El Diablo se pasea triunfante por su “reino” y luego lo instalan en la Plaza principal. Ese día en los barrios se decreta la entrada al baile con verbenas populares en donde se realizan pequeños “convites”, se hacen en las esquinas de las calles; durante toda la noche se baila y se canta por la llegada del Diablo. Ese día el Alcalde legalmente constituido y el comandante de policía “cesan sus funciones” y se instaura la República del Carnaval, en la que manda la Junta del Carnaval que está constituida por los viejos carnavaleros, los matachines-poetas, que son los ayudantes del Diablo (algunos se disfrazan como diablos y otros tienen disfraces muy originales y graciosos), ellos son los que realmente organizan como se debe comportar el pueblo durante las festividades, transgrediendo así el orden establecido y permitiendo que la gente diga lo que quiera teatralmente hablando. El segundo día es el desfile de cuadrillas en honor al Diablo. Durante todo el día hasta el anochecer. Cada cuadrilla escoge un tema, musicaliza tres letras de canciones y las cantan, diseñan y confeccionan disfraces, siempre en relación con el Diablo. Consiste en contarle al Diablo lo que está pasando en ese momento, ya sea presentándole quejas o rindiéndole informes. Por la noche vienen los juglares y cantores campesinos de todas las veredas y se hace el encuentro de chirimías y troveros, luego el baile hasta la alborada. El tercer día se dedica a los niños. Los niños y jóvenes toman parte del Carnaval para iniciarse en su memoria como carnavaleros, matachines y poetas. Hacen su desfile de cuadrillas y disfraces.

El cuarto día hacen competencias deportivas y juegos que tienen que ver con corridas de toros, riñas de gallos, carrera de encostalados y juegos de azar en las calles

El quinto y último día es cuando el Diablo, quien ha estado presidiendo las actividades anteriores, decide regresar otra vez -como dicen en Riosucio- a su averno.

El Diablo se inmola quemándose para que sus cenizas sean guardadas y retornar a los dos años para continuar reviviendo el ciclo vital de su existencia con su pueblo. Todavía, las mujeres del Siglo XXI tocan los testículos del Diablo y se frotan el vientre con las manos para recordarnos, tal vez, el espíritu de la fertilidad de Membes y Turzagas escondido en el cuerpo del Diablo que asusta a los cristianos.

El Diablo de Riosucio es un Diablo bueno, alegre, da fertilidad, castiga a los gobernantes que se comportan mal con el pueblo y los previene de las implicaciones de un mal Gobierno, por eso el espíritu de identidad que más expresa al riosuceño es su Carnaval. Esta estructura festiva es la de una comunidad que representa su memoria histórica y mítica en un ritual con profundas resonancias escénicas, en donde el Diablo, su personaje principal, es el ejemplo claro de una sincretismo que nos identifica y eterniza.

Por eso te escondimos allí, donde pensamos que el Diablo no es como lo pintan, y ríes de alegría cuando los descendientes de tu antiguo pueblo instauran la República del Carnaval y entonan y bailan el himno del placer y de la vida, la alegría y la esperanza.

Por eso invocamos al Diablo para que se haga presente en los escenarios de la fiesta de esta Macondia loca y explosiva. Lo invocamos para seguir guardando el canto vital que nos recuerda el calabazo de chicha enterrado y tantos años de oprobio y sin embargo jamás hemos dejado de cantar y bailar. n